

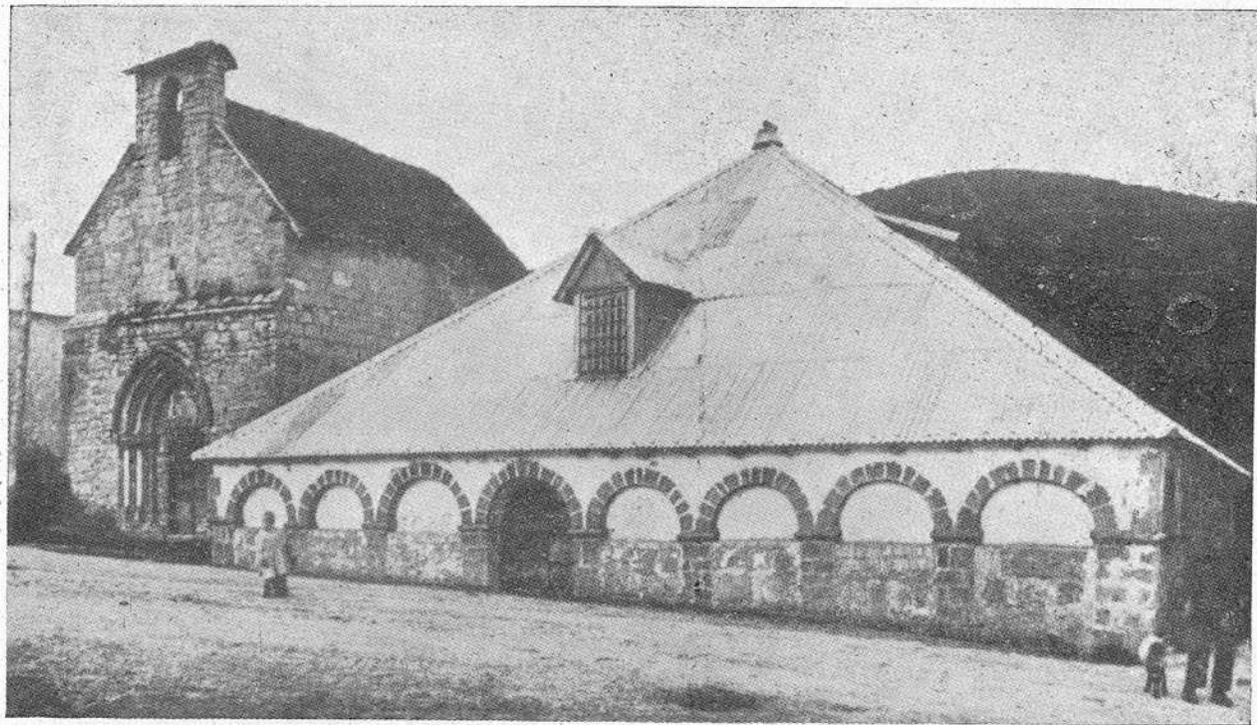
## Burgos, en el Camino de Santiago

---

Don José Miguel Ruiz Morales, Director General de Relaciones Culturales, publicaba hace un año en «A B C», una «Carta a los amigos de Navarra, Burgos y León». Merece la pena reproducirlo. Apenas necesita presentación ni comentario. Nos pide ayuda para restaurar, con sentido a la vez tradicional y moderno, el viejo camino de Santiago. Y nos lo propone con previsión, pero también con urgencia, porque quisiera—y nosotros con él—que para 1965, próximo año santo compostelano, se hubiera dado un paso importante en la reapertura de la más importante ruta que han de seguir las oleadas de peregrinos europeos.

Vuelve a cobrar sentido la peregrinación a Compostela. No entremos en distinciones; doy por seguro que la mayor parte de los que en nuestros días caminan hacia Santiago, no son auténticos romeros. Esa forma usual de evasión que ha dado en llamarse turismo, con rapidez, superficialidad y relativas comodidades, no es exactamente el ideal del peregrino auténtico. Inútil añorar viejos tiempos. Tampoco es todo trigo limpio en la historia de las peregrinaciones. Sin embargo, no cabe duda de que hay una gran diferencia entre las metas posibles del turismo; no es lo mismo ir a Santiago que a cualquier otro lugar de moda. Ese no ser lo mismo, supone ya, aun para el curioso indiferente, algo que no podemos despreciar.

El europeo que emprendía en el medioevo el camino de Santiago, encontraba a cada paso despertadores de su fervor santiagouista. Aún quedan muchas reliquias de aquel pasado: hospitales, iglesias, cruceros, tramos de calzada. Por desgracia, nos lo tienen que indicar ya los eruditos. Las arterias por donde fluía y reflúa, a fuerte presión, la europeización de España y la españolización de Europa, sobre la única base firme de la unidad, quedaron, primero, flácidas, para dejar, desde hace un par de siglos, de ser transmisoras de vida. Luego se exacerbaron los nacionalismos, las fronteras fueron barreras.



RONCESVALES (Pirineo navarro).—Capilla y osario.



BURGOS (Hospital del Rey).—Puerta de Romero (1526) de estilo plateresco.

Hoy se tiende a la unidad, a que las fronteras cumplan su misión de ofrecer puntos de contacto, puentes para la unión. No nos detengamos ahora a analizar los motivos. El hecho es evidente y es lo que aquí nos interesa. Santiago, como punto de convergencia espiritual, puede y debe ser de nuevo un factor de primer orden que contribuya a la edificación de una unidad auténtica.

Cabe pensar, urge pensar; que los caminos tienen que volver a ser caminos de Santiago. Cada recuerdo de los viejos tiempos debe ser conservado con mimo. En las modernas rutas, más o menos coincidentes con las santificadas por las clásicas peregrinaciones, todo debe ser advertido, convenientemente señalizado. «Queremos restaurar nuestro camino de Europa», es la consigna que nos da, entusiasmado, el señor Ruíz Morales. Ahora bien, restaurar es, ante todo, conservar. Cuanto queda de la herencia tradicional, que aún es mucho, debe empalmar con las modernas iniciativas y realizaciones, para que éstas nazcan ya maduras de contenido.

Por lo que a Burgos toca, hemos aquí ante un tema vital. Alguien ha apuntado que Burgos tiene una doble historia: como cabeza de Castilla y como centro nervioso de las peregrinaciones a Santiago. La primera es casi la única de que nos enorgullecemos. Sin embargo, esta otra, no menos brillante, es, quizá, la única que cabe revivir con efectividad. Ver esto, puede ser factor importantísimo para nuestra ciudad. ¿Exageración? Creo que no.

Rogamos al lector que repase con detenimiento la idea propuesta por el Director de Relaciones Culturales: Burgos, etapa normal, casi obligada, para los peregrinos, que serán orientados e invitados a entrar en España por el «camino francés», con punto de partida español en Roncesvalles.

Pero para poder encauzar por esa clásica ruta a los europeos, hacen falta muchas cosas. Dejemos las que a otros atañen. Burgos de su parte, tendría que «restaurar» el Hospital del Rey. Eso es todo. Surgen cada día planes fantásticos, válidos tan sólo para ser soñados, que temo por la suerte de éste. Quien tenga conciencia de que la historia nos compromete para el futuro, será capaz de comprenderlo.

Y la historia es aquí ubérrima. Aunque lo hayamos olvidado, Burgos tuvo en buena parte la clave de sus mejores tiempos, en ese Hospital del Rey, que, por desgracia, tal como está hoy, no dice mucho a nuestro favor, ni como devotos del pasado ni como previsores del porvenir. De los innumerables hospitales—entiéndase alberguerías—, que a lo largo de la ruta jacobea acogían al peregrino, fuera o no enfermo, el más importante, sin género de duda, era éste. En Burgos mismo había otros veintitantos, pero poco significaban al lado de la famosa fundación de Alfonso VIII. Según la «Primera Crónica general de España», «a este hospital dizen el

del Rey a departimiento de otro ospital que ay en la villa de Burgos a que llaman ell ospital dell Emperador. Et fizol grand a marauilla. et fermoso de fechuras et de obras fechas altamientre, et muy noble de casas et de palacios, et con tantas riquezas le enssanchó yl enriquesció segund que diximos que fiziera al monesterio de las duennas, que todos los romeros que passan el camino françés et de otro lugar. dond quier que uengan, que ninguno non sea refusado dend, mas todos reçebidos, et que ayan y todas las cosas que mester les fueren de comer et de beuer et de albergue, en todas las oras del día et de la noche quando quier que lleguen».

Bastaría leer los relatos de los peregrinos, tales como el alemán del s. XV, Künig von Vach o el italiano Domenico Laffi, para ver hasta qué punto las instalaciones del Hospital del Rey contribuyeron a hacer de Burgos ciudad obligada para el peregrino. Laffi, que fue por tres veces a Santiago a fines del s. XVII, aún nos habla de que era capaz de albergar hasta 2.000 peregrinos y, como todos, se hace lenguas del buen trato. Fueron precisamente los peregrinos quienes se constituyeron durante siglos en los mejores propagandistas espontáneos por toda Europa, de las bellezas de nuestra ciudad, y los que contribuyeron, en gran medida, a convertirla en un emporio del comercio. Cuando las peregrinaciones van a menos y ya el Hospital carece de sentido, Burgos tiene que rendirse a una decadencia creciente.

En estos años últimos, Burgos vuelve a ser un centro turístico de primer orden. La Catedral, la Cartuja de Miraflores y el Monasterio de las Huelgas, encierran sobrados motivos para justificarlo. Esta avalancha turística ganaría mucho en amplitud y en significado espiritual, si el antiguo Hospital del Rey volviera a ser un final de etapa en el camino de Santiago. Una restauración y acondicionamiento con sentido de las exigencias actuales, podría ser brillante reclamo en toda Europa. Esperémoslo bajo el patronazgo de San Amaro, el romero francés que se quedó en Burgos para siempre, y de San Juan de Ortega, constructor de puentes y calzadas en provecho de los peregrinos, cuya figura estelar debe servir de ejemplo, ahora que vamos a celebrar el octavo centenario de su muerte gloriosa.

Habrá que hacer mucho, trabajar mucho. Bien merece la pena. Creo en los hombres; ellos hicieron nuestro pasado y los de ahora no se achicarán impotentes ante empresas menores. Lástima grande sería que no se sintiera con suficiente hondura la responsabilidad de crear un futuro más esperanzador a nuestra ciudad, en la línea de ejemplaridad que fue siempre norma para la «muy noble, leal y benéfica Cabeza de Castilla». Nadie nos lo hará, no bastarán buenas palabras. Tal vez convenga recordar aquello de «largos en facellas». Una ocasión más que no conviene desperdiciar, sino queremos hacer verdaderos esos versos de Machado que tanto nos

duelen. y que nos gritan el contraste de lo actual con la Castilla «ayer dominadora».

NICOLAS LOPEZ MARTINEZ.

Dice así el ejemplar y bello trabajo, publicado en «A B C», de Madrid, el 18-IV-1961.

Hamburgo, abril de 1961.

## Carta abierta a los amigos de Navarra, Burgos y León

«Pensaba escribiros largo y tendido desde Madrid, pero, como siempre, los acontecimientos empujan y me han traído ahora unos días hasta este rincón de Europa. Os mando, pues, tan sólo el guión de lo que pensaba deciros con más calma.

Empecemos por la filosofía del asunto: Tenemos ante nosotros dos tareas urgentes. Que son de nuestra hora, que no admiten espera.

«La incorporación de Europa a España». No, no es equivocación: Así como suena, y no al revés. Aunque también al revés.

«La exaltación de nuestros antiguos monumentos», interrumpiendo un largo y lamentable proceso de degradación.

Por eso me entró prisa de hacer algo y proponer algo, y estas vacaciones de Semana Santa me fuí a recorrer el Camino de Santiago. Subí hasta Roncesvalles, a vuestros altos montes navarros, donde suena a lo lejos, en el paisaje húmedo, la esquila de los ganados, y bajé luego por la ruta de Pamplona, de la Rioja, de Castilla la Vieja; y vi las dos Castillas, la renaciente—de regadíos y nuevas plantaciones forestales—y la Castilla en escombros que nos duele tanto.

Tres días de recorrido hacia Poniente.

Nos levantábamos muy de mañana. «Apríessa cantan los gallos e quieren crebar albores». Teníamos entonces el sol de espaldas; al caer la tarde, se iba hundiendo frente a nosotros y debíamos bajar las viseras del coche.

Unas veces, la carretera sigue la antigua ruta de los peregrinos. Otras, se desvía; nos separa así del viejo itinerario, pero, en cambio, permite conservar casi puro el trazado, donde aún permanecen en pie—Dios sabe

hasta cuándo, y si podrán evitar el zarpazo gris del cemento, los transformadores y los cables—hospitales, hospederías y puentes de antaño.

Nos detuvimos a ver las poblaciones de mayor renombre, las que suenan en la historia milenaria de la peregrinación: Puente la Reina, Estella, Santo Domingo de la Calzada, Belorado, Montes de Oca, Castrogeriz, Frómista, Carrión de los Condes, Sahagún. Pensaba, antes de haberlas visto, proponer que se restablecieran en ellas sus hospicios de romeros. Pero ahora, no, al menos de momento.

Por eso, antes de que se me vaya de la memoria la impresión de las cosas vistas, quiero escribiros para adelantaros la conclusión que me salta en la imaginación, como síntesis de lo vivido en estos días:

«No hay que ir a lo pequeño. Hay que ver en grande, y con distancia».

Tened en cuenta que Europa se está rehaciendo, otra vez en su larga historia. Que las gentes volverán a andar por las rutas, hoy abandonadas, donde se fraguó la unión. «Que en 1965 tenemos el próximo Año Santo Compostelano». Jubileo, este nuestro, más antiguo que el de Roma, más frecuente, y que basta para ganarlo visitar una sola basílica—la de Santiago el Mayor—(no cuatro, como en la Ciudad Eterna). «Hay que tomar—desde ahora—medidas para encauzar la riada.

De esto de riadas sabéis mucho por vuestras tierras. El remedio contra los males que acarrearán, son embalses reguladores: uno, en la cabecera del río, y un par' en su curso. HAGAMOS, PUES, TRES GRANDES HOSPEDERIAS, del orden de medio millar de camas cada una (y creo que me quedo corto). ¿A qué distancia? La etapa no es ya la del viejo peregrino a pie, ni siquiera a caballo. Hoy se viaja en autocar o en coche. La unidad diaria—si ha de pararse en ruta para visitar monumentos—es 250 kilómetros. No cavilemos más: RONCESVALLES, BURGOS Y LEON. Y aprontemos en cada uno de estos lugares «grandes hostales como el de los Reyes Católicos, utilizando, como éste con el Hospital Real, monumentos históricos de elevado valor artístico.

Veréis: RONCESVALLES. Yo llamaría sencillamente a esta primera casa española del Pirineo «Hospedería de Roncesvalles». Sólo el collado de Ibañeta y Valcarlos, la separan de Francia. Aquí hay ya mucho edificado junto a la Real Colegiata, uno de los más notables templos de la Cristiandad, que alberga la imagen de Nuestra Señora de Roncesvalles. Al lado quedan, en la íntima emoción de lo sencillo, el pequeño santuario románico de Santiago y el llamado por tradición Silo de Carlomagno, en realidad cementerio primitivo de peregrinos, de curiosa estructura. Quizá la Diputación Foral de Navarra, con su Institución Príncipe de Viana, que es, como si dijéramos, su «brazo cultural», pueda ayudar a modernizar el





**BURGOS (Hospital del Rey).—Puerta de la iglesia, mostrando los romeros camino de Compostela, con sus bordones, conchas y calabazas.**

conjunto. En Roncesvalles, nombre mágico que evoca recuerdos de gestas famosas, la propaganda está hecha desde hace siglos, y se sigue haciendo diariamente; sólo en Francia, millares de «lycéens» aprenden todos los años que este es el escenario de la «Chanson de Roland», su poema épico nacional.

BURGOS. Aquí hay que buscar emplazamiento en las afueras de la capital. «A la exida» de Burgos. Pues pensamos en gente que va «de camino», aunque se detendrá a admirar los monumentos de la «caput Castellae», germen del afán heroico de nuestra patria.

El lugar ideal es junto al logrado complejo arquitectónico, formado por el Monasterio de las Huelgas Reales y el Hospital del Rey, separados por una hermosa chopera llamada, no sé por qué, el Parral, de fresca belleza. El edificio del Hospital del Rey, fundado por Alfonso VIII, después de la batalla de Alarcos (1195) «para pobres y peregrinos», ha sufrido una lamentable degradación física; la contigua «Casa de Romeros», de delicada fachada principal plateresca, dando al patio porticado del hospital, sólo alberga dos pisos en ruinas, que visitamos, jugándonos la vida si a una de sus vigas carcomidas se le hubiera ocurrido quebrarse en aquel momento y sepultarnos entre escombros.

Ahí dejo la idea: que la examine el Real Patronato de las Huelgas de Burgos y Hospital del Rey. Y también el buen pueblo burgalés. Y diré, como en los informes que hacemos en los Ministerios: «No obstante, V. E., con su superior criterio, resolverá».

Llamaría a este nuevo hostel: «Las Huelgas del Rey, Hospedería de Burgos. Habría que hacer—claro está—un nuevo asilo para las ancianitas allí asiladas. Supongo que la Diputación asumirá con gusto esta tarea y las pobres viejas nos lo agradecerán a todos.

Circunda el conjunto hospitalario un sucinto pueblo castellano; antaño debió ser anejo a carretería y oficios surgido en el curso de los siglos, al amparo y para el servicio de los peregrinantes jacobeos; la desaparición de la romería internacional hace siglo y medio, lo convirtió en teo suburbio de la capital, maloliente, encharcado y escenario preferido para esquiteo de caballerías. Si se sana física y moralmente, es decir, en román paladino, se construye alcantarillado y se expulsa al que lo adultere con su hábitos y presencia, resultará una acogedora y típica aldea burgalesa.

Originalísimo sería entonces ampliar el hospedaje—fuera del mero «monobloque» del futuro hotel—a este poblado, tan de nuestra tierra, alrededor de los corrales de antiguo sabor.

LEON. Lo que se me ocurre aquí es el «Priorato de San Marcos», Hospedería de León».

San Marcos es una de las tres grandes cosas que hay que ver en la

antigua capital del reino leonés, con la Catedral (Pulchra Leonina) y San Isidoro. A todos extraña que a la entrada de ese edificio, uno de los capiteles del plateresco en España, se lea «Depósito de Sementales de la Remonta». Luego nos dicen allí que los jefes y oficiales de Caballería que se han sucedido en el mando de ese establecimiento, no han podido estar más comprensivos y respetuosos del monumento nacional confiado a su custodia. Pero es notoria, y fruto de ese desquiciamiento de todo a que se llegó en la España del siglo pasado, la incongruencia entre continente y contenido. En esta vieja sede del Priorato de la Orden Militar de Caballería de Santiago de la Espada en el reino de León, hemos admirado estos días, relinchantes en sus «boxes», sementales de raza árabe, pura sangre inglés, percherones, garañones zamorano-leoneses, como aquel que regaló Carlos III al General Washington.

El hermoso monumento está ahora repartido entre tres ocupantes:

Primero. La iglesia, donde, desde hace unos cuantos años, mantiene culto los Jesuitas. Magnífico. Menos mal que esto tiene sentido común.

Segundo. El gran claustro (el más oriental de los dos), de gran significación en la historia del plateresco. En él—y dependencias—están ahora expuestos objetos de arte vario (pintura y, especialmente, escultura) recogidos en la provincia. Ya hay solución, pues ha surgido un mecenas benemérito; me informan que el financiero señor Fierro, leonés, instalará en breve, a su costa, un Museo y Biblioteca Provincial, donde podrá exhibirse toda esta tiqueza arqueológica.

Tercero. Queda la mayor parte del edificio que, como he dicho, está ocupado por el Arma de Caballería, con una finalidad—se me ocurre comentar, aunque profano—esencialmente civil: el asegurar la repoblación de los equinos para fines principalmente agrícolas. Y, además, con tanto tractor y mecanización, supongo que todo esto irá de capa caída. ¿Por qué no dona el Ayuntamiento de León un buen solar en las afueras para que entre la Diputación y el Ministerio del Ejército edifiquen un moderno Depósito de Reproducción y cría caballar?

El Camino de Santiago (dato fundamental) pasa delante de San Marcos, todo a lo largo de su fachada.

Al Este—hacia el centro de la ciudad—se encuentra una «Casa de Peregrinos» (y antiguo Hospital de la Magdalena), sin valor artístico, con una discreta portada del siglo XVIII, actualmente ocupada por las familias de los Suboficiales destinados en el Depósito de Sementales.

Al Oeste, la carretera de Galicia sigue hacia Astorga, la Maragatería, Ponferrada y el puerto de Piedrafita del Cebrero. Atraviesa, inmediatamente de terminar la fachada de San Marcos, el río Bernesga, por medio de un puente que fue de peregrinos. Resulta insuficiente, y hace año y

medio, han colocado un semáforo para regular la circulación en una sola dirección. Se habla de ensancharlo ¡Ojalá respeten el carácter del antiguo!

\* \* \*

Estas tres hospederías no sólo cubren las necesidades de un Camino de Santiago restaurado y de un Año Santo Compostelano 1965; permanentemente servirían de apoyo—y muy en particular de estimulante—a un tránsito turístico, que ha de ir en aumento, entre Madrid (y Barcelona) por un lado, y del otro, Galicia, Asturias, la Montaña de Santander, las Vascongadas y Francia. Y, asimismo, los turistas de base local; por ejemplo, los varios puertos de la cordillera cantábrica, a menos de 100 kilómetros de León, en que pueden practicarse deportes de nieve.

Como lo demuestra la breve historia del Hostal de los Reyes Católicos en Santiago, los establecimientos de hostelería ya existentes, nada tienen que temer; antes al contrario, su volumen de negocios aumentará en cuanto funcionen, como catalizadores, las nuevas y grandes hospederías.

Terminemos con las consideraciones de rigor:

El turismo, fuente número 1 de divisas para España, crece cada año más; no recuerdo ahora en qué proporción; pero nos puede sorprender un año desprevénidos. Hay que preparar, pues, los hospedajes.

Además, este verano se celebra en Santiago, simultáneamente con Barcelona, la VII Exposición del Consejo de Europa, dedicada al Arte Románico. Y en el Museo de Artes Decorativas de París—dentro del Palacio del Louvre—un norteamericano, Mr. Keighley, está explicando en ocho conferencias, de enero a abril, con bellas diapositivas, «Le chemin de Saint-Jacques-de-Compostelle», lo que ha despertado aún mayor interés por la vieja ruta de peregrinación.

\* \* \*

Igual a lo acaecido en aquel pueblecito japonés al que cortaron los bandidos—desde la montaña—el agua del arroyo en que vivía, aquí se había interrumpido el río de peregrinos, el cual quedó seco,

Las burlas de Erasmo, las trifulcas con los carmelitas sobre el patronato de Santiago, las ordenanzas de Luis XIV—ese Rey «cristianísimo» que obstaculizó a los «coquillards—, la Revolución francesa, las guerras napoleónicas y carlistas, la incredulidad del siglo XIX, todos pusieron sus manos pecadoras.

El camino casi se ha borrado, pero no su espíritu. Y ha de volver a ser transitado, como en los tiempos—que ahora retornan—de la Europa acosada y unida.

De Roncesvalles al Monte del Gozo, confirmemos o restablezcamos

así tres nobles edificios «en su misión propia, esa obra de misericordia para la que fueron fundados: dar albergue al peregrino, en la gran ruta internacional que forjó la unidad cristiana de Europa».

JOSE MIGUEL RUIZ MORALES

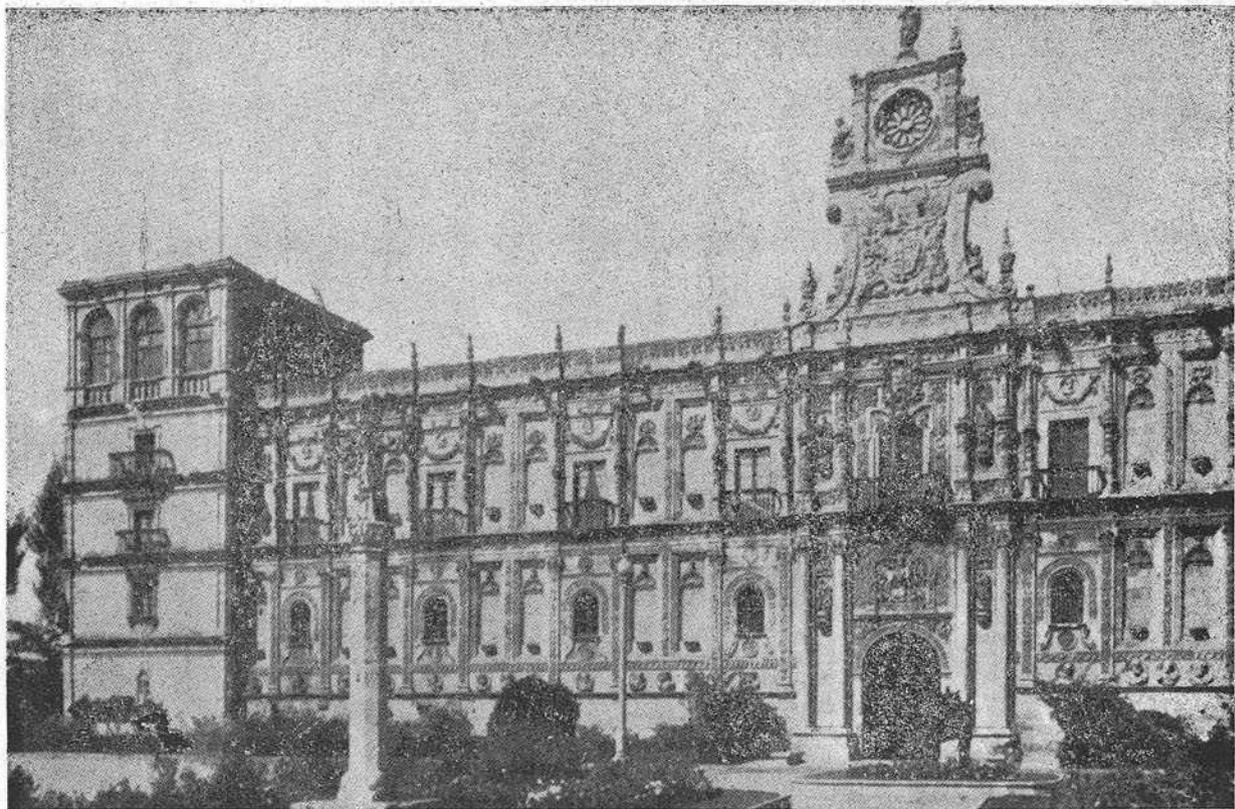
Director General de Relaciones Culturales

En su sesión inaugural, celebrada en Estrasburgo en enero de 1962, el Consejo de Cooperación Cultural (C. C. C.) del Consejo de Europa, escuchó complacido la exposición que hizo el Delegado de España, señor Ruiz Morales, Director General de Relaciones Culturales, del proyecto según el cual se pensaba restablecer las grandes hospederías del Camino de Santiago en Roncesvalles (Navarra), Hospital del Rey, de Burgos, y Piorato de San Marcos, de León.

Este asunto figurará en la discusión del tema «Hauts lieux de la culture européenne», incluido por el C. C. C. del Consejo de Europa en su programa de actividades.



LEON.—San Marcos. Detalle de la fachada: Medallones.



LEON.—Fachada de San Marcos, antigua Encomienda de la Orden de Santiago.